

# Palabras sitiadas, deseos nómades

Ana Inés Larre Borges

---



---

9

Esta revista se hizo en el correr de 2011, año del Bicentenario, y lleva su marca. La celebración de los doscientos años de la revolución independentista (que no de vida independiente) estuvo presidida en Uruguay por un contencioso que enfrentó a políticos y académicos y acabó dirimiéndose por la vía de los hechos. Los historiadores dijeron su preferencia de celebrar junto al resto de América en 2010, con el argumento de que la revolución fue una sola y un movimiento regional. Se denunció una celebración que no reconocía que Uruguay devino nación independiente mucho después y tras un complejo proceso y, aun, que ese resultado traicionó los ideales federales de Artigas. Artigas fue sin embargo el aglutinador del ciclo de homenajes que encontró en 1811 una fecha relevante del ciclo artiguista, el año del triunfo de Las Piedras y, más radicalmente, del éxodo hacia el Ayuí. Pero Artigas fue asimismo protagonista en las objeciones que se opusieron a la celebración. La paradoja de un héroe derrotado, de un héroe nacional que vive largamente en el exilio y elige morir lejos de la patria, se manifestó coincidente con cierto estado del pensamiento que, en la actualidad, no solo postula la crisis de las identidades y anuncia el fin del Estado-nación, sino que corteja y se deja seducir por esos desvanecimientos. Uruguay, que arrastra como trauma de origen la discutida génesis de su legitimidad como nación, fue especialmente receptivo a esa inflexión desterritorializada que hace al ambiente espiritual de nuestra época.

“Hemos acabado por acostumbrarnos a pensar en la época moderna como algo espiritualmente huérfano y alienado, como la era de la ansiedad y el extrañamiento”, escribía Edward Said en sus “Reflexiones sobre

el exilio”, y señalaba la tendencia a reconocer en esa intemperie un valor. George Steiner, en un ensayo fundante, acuñó el término “extraterritorial” para definir a una literatura hecha por exiliados o sobre exiliados, a veces en otra lengua, y que, desde que incluye al sedentario Borges, también concierne y valora la libertad errante que es atributo de la literatura. La extranjería entendida como una virtud constituye hoy un rasgo del escritor y le otorga la misma distinción ambigua que antes hallaba en la extrema palidez, la enfermedad o el suicidio. Es también Said quien nos recuerda esta cita de un monje del siglo XII, Hugo de San Víctor, que antes recuperara otro gran exilado, Erich Auerbach, y aún encuentra eco en nuestra sensibilidad: “El hombre al que su tierra natal le parece dulce es todavía un tierno principiante; aquel para quien toda tierra es su tierra natal es ya fuerte; pero el hombre perfecto es aquel para quien el mundo entero es una tierra extraña”.

También hay paradoja en la celebración de modelos literarios cimentados en circunstancias de destierro, huidas y migraciones forzadas. La literatura de Conrad, de Nabokov y de un largo linaje de escritores latinoamericanos, corresponde al penoso desarraigo de sus vidas y se adecua a tiempos históricos que Steiner nombró como la “era del refugiado”.

Esas tensiones y contradicciones que se producen a partir de la relación que se establece entre la enunciación y el lugar de enunciación tienen una historia propia en universos coloniales. En América Latina la historia cultural se ha construido desde siempre por alternados impulsos de arraigo y de evasión, en el conflicto nunca resuelto entre la afirmación de lo propio y el deseo de salir al mundo. Cosmopolitismo y provincianismo, global y local, nacionalismo y universalismo, autóctono y extranjero, original y copia, propio y ajeno, denominaciones nunca neutras que revelan el conflicto y el protagonismo que asume la relación con el territorio en la configuración de una identidad.

Sobre esos inconciliables y esas tensiones se dibujan los contenidos de esta revista, que fue convocada y, mientras la hacíamos, referida insistentemente como la revista de “la escritura y el lugar”, un par que ampara reflexiones teóricas y aproximaciones particulares a una suma extensa de asuntos y problemas asociados a la radicación de la palabra en un lugar, o a su fuga. Era una invitación adecuada a las circunstancias del Bicentenario de la nación, pero abierta y capaz de acoger cuestionamientos y refutaciones.

Cuando esta revista era todavía una idea pudimos imaginar en “Fuera de lugar” una locución eficaz e impregnada del aire de nuestra época, pero que llevaba en sí una beligerancia inadecuada a la celebración. Y todo parece estar fuera de lugar en el diagnóstico que provee la lectura de esta entrega de la *Revista de la Biblioteca Nacional*. Incluso la posibilidad de una “biblioteca” nacional, es decir de una literatura na-

cional, de un canon y, antes, de una identidad nacional, construcciones culturales que son puestas en cuestión en varios artículos. En su lugar, los escritos denuncian y procuran una incertidumbre de fronteras, un devenir resistente a la fijación canónica, una diáspora, una multiplicación de identidades. Y lo hacen con paradójico entusiasmo. La crisis de la idea de lugar se acompaña de la valoración de los márgenes, orillas, bordes, fragmentos, intersticios, “entrelugares” y otras metáforas acuñadas para una constelación semántica que privilegia situarse lejos del centro y celebra la diversidad y lo alterno.

Viajeros, vagabundos, desplazados; cartas, crónicas de viaje, traducciones, diarios; desplazamiento de las palabras y de los autores, entre un continente y otro, entre uno y otro género, una lengua y otra, entre la literatura y el registro, son protagonistas de esta entrega que no obvia tampoco el nomadismo de la teoría. No es tarea de estas palabras del umbral resumir los contenidos que están a apenas un gesto de distancia del lector, tal vez sí dar una explicación del apartado final que reúne tres trabajos dedicados a José Artigas. Si las perspectivas elegidas son poco habituales y van en el mismo sentido desestabilizador de los ensayos literarios, su presencia recuerda algo opuesto: la persistente nostalgia por una pertenencia, un orgullo común, una certeza compartida. El recuerdo de la vocación de la palabra por el mundo y por los hombres. Su inclusión es tal vez el signo que impide caer en la paradójica complacencia de la errancia, la pérdida, la intemperie y otras inseguridades hoy prestigiadas. Aunque pensándolo bien, quizás también Artigas esté hecho de una sublimación de ausencias.





CORTE 2-2

CORTE 1-1